

Los inicios

Mi infancia son recuerdos

No pudiendo decir como Antonio Machado que “Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla y un huerto claro donde madura el limonero...” diré que los míos son de la casona del abuelo Valderrama en el Pasaje de la Encarnación en el centro de Lima, donde también vivíamos nuestros padres y nosotros, cinco hermanos hombres bastante próximos en edad.

Con la imaginable delicadeza de nuestros juegos, no sorprenderá que nos hiciéramos conocidos en la cercana Asistencia Pública del Jirón Washington, equivalente a las actuales emergencias de los hospitales. Afortunadamente, las cosas no pasaron de tratar fracturas, costuras de heridas y los tremendos sustos que dábamos a nuestros padres.

Pero tuvimos el regalo de infancias muy felices, esencialmente por los padres, pero también por el afecto de los abuelos, tíos y primos que se congregaban en mesas y sobremesas en las que nosotros al escuchar, terminábamos por aprender cosas de viajes, política del país y del mundo que difícilmente emergía de la Segunda Guerra Mundial y también, especialmente, de la vida de estudio y esfuerzo de la familia.

Barrer corrales y leer libros

Cumpliendo ocho años mis padres empezaron a adquirir, con gran esfuerzo, una casa en Chaclacayo, distante para nosotros apenas 25 minutos del Parque Universitario, muy cerca de nuestro colegio. Mi madre, siempre activa, no tardó en separar un espacio retirado del amplio jardín en el que hizo instalar unos corrales. Con el tiempo llegamos a tener bastantes pollos, gallinas y patos y más adelante también conejos. En apenas algunos metros cuadrados, hizo un huerto que producía increíbles cantidades de zanahorias, cebollas, cayhuas y otros vegetales. Su preocupación principal era alimentar a cinco hijos hombres que crecían al ritmo de su casi insaciable apetito.

Pero como no hay almuerzo gratis, era indispensable que diéramos una mano. Así, tuvimos que barrer y limpiar corrales, alimentar los animales, recoger huevos y, en su momento, aprender a sacrificarlos lo más humanamente posible, pelarlos, abrirlos y cortarlos. A cambio, aprendimos que era un trabajo honesto y ninguno sufrió ni estudió más o menos por hacerlo. Además, gozamos una década de los vegetales más frescos y las aves y conejos más deliciosos. Como todo cambia, lamento que hijos, nietos y sobrinos no tuvieran como disfrutar de esas inolvidables experiencias.

Mi padre, por su parte, habilitó una habitación separada de la casa por un bonito claustro, como escritorio y biblioteca. Como persona cultivada, nos impulsaba a la lectura y nunca nos faltaron Salgari, Verne, Dickens, Mark Twain, además de sus libros de derecho, historia, poesía y otros temas a los que accedíamos libremente. Recuerdo la impresión que, aun muy joven, me produjo uno titulado “Libro Blanco del Terror Nazi en Europa”.

Colegio y Universidad

A los cinco años seguí a Ricardo y Víctor, mis hermanos mayores, al cercano Colegio Recoleta de la Congregación de los Sagrados Corazones de religiosos franceses, donde habría de pasar trece años. Debido a mi concentración como estudiante, también tuve varios años colegio de verano, el Guadalupe, donde repetí cursos de matemáticas, física y química. Por otro lado, me fue bastante bien en gramática, historia, geografía, literatura, inglés y francés. Con lo ingrato que suele ser en el momento el estudiante con sus profesores, reconozco ahora que casi todos eran muy buenos y que, al igual que los de la Universidad, me dejaron con pesadas deudas de gratitud. Fueron años estupendos. Los amigos magníficos y cada recreo y el final de clases era momento para improvisadas y reñidas partidas de fútbol y hándbol y, cuando tocó, dar unas pitadas a cigarrillos que eran por aquella época, el peor vicio imaginable.

Como supongo que muchos, cambié varias veces de opinión sobre lo que debería hacer en la vida. De niño historiador, por un breve tiempo obispo y cercano al final del colegio, militar. Finalmente, me decidí por la abogacía pensando también en la diplomacia. Por el trabajo de mi padre, primero como Director Gerente del Touring y Automóvil Club por muchos años y posteriormente como el primer Representante de la OEA en el Perú, habíamos conocido muchos extranjeros incluyendo diplomáticos. Siempre encontré fascinante las conversaciones que escuchábamos sobre países, viajes, problemas y más, que contribuyeron a que entendiéramos que el mundo es mucho más grande que el ombligo que tantísimos peruanos insistimos en mirarnos todo el tiempo.

Creo que ingresé a la Facultad de Letras de la Universidad Católica, en parte, porque en el examen oral me pidieron leer y comentar un verso de José Santos Chocano. Ciertamente tenía apego a la poesía y desde los 10 años, por empeño de mi padre, me divertía en aprenderlas y, a estas alturas, no me desagrada verificar que aún recuerdo muchas. Tras leer la primera línea, aparté el texto y seguí recitando hasta el final. También es cierto que había abusado del tiempo de Enrique Torres Llosa, hombre culto y bueno por excelencia, quien con esmero me había orientado en la preparación de los exámenes.

Los dos años de la facultad de letras fueron muy gratos por los temas, los amigos y los admirables profesores. Las lecciones magistrales de historia de Raúl Porras Barrenechea, la versación humanista de Onorio Ferrero, los esfuerzos de Mario Alzamora Valdez por introducirnos en los vericuetos de la metafísica, la manera de explicarnos la importancia de las palabras de Luis Jaime Cisneros y la dedicación del Padre Felipe McGregor para que entendiéramos la necesidad de la ética, son lejanas pero muy valiosas memorias.

Los cinco años de la Facultad de Derecho fueron muy agitados, pues coincidieron con los inicios de mi trabajo administrativo en el Ministerio de Relaciones Exteriores y, también por un tiempo, con la incipiente Academia Diplomática. Pero fueron también enormemente entretenidos y, si no hice todas las cosas tan bien como debía trabajé, aprobé los cursos, me hice sin entonces saberlo lo que ahora llamaríamos "multitasking" y no hubo un minuto aburrido.

No sé qué más se podría pedir cuando estaba al comienzo de mis años veinte, y guardo enorme gratitud por eminentes profesores como Raúl Ferrero Rebagliati, Domingo García Rada, Guillermo Velaochaga, Carlos Rodríguez Pastor y otros y el viejo afecto a los muy buenos amigos de veinte años de mi vida, muchos de los cuales ya se han adelantado. No hubo oportunidad de enseñar en mi alma mater, pero hice conferencias y siempre me he sentido cerca de ella. Agradezco profundamente que el 2011 decidiera honrarme como ex-Alumno Distinguido.